

Dominique de Courcelles

*Escribir la historia, escribir historias
en el mundo hispánico*

México

Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Históricas

2009

398 p.

(Teoría e Historia de la Historiografía, 9)

ISBN 978-607-02-0661-0

Formato: PDF

Publicado en línea: 25 de mayo de 2016

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/escibirhistoria/hispanico.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2016, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, México, Ciudad de México



Enseñar lo que ya no se puede ver: *Tirant lo Blanc* y la reconquista del imperio cristiano de Oriente, o la historia a modo de simulacro

La toma de Constantinopla por los turcos el 29 de mayo de 1453 provocó la caída del imperio cristiano de Oriente y la pérdida del acceso a los lugares donde se inició el cristianismo. Durante muchos años, todo el Occidente se afligió y se interrogó sobre esta desaparición. ¿Cómo asumir la catástrofe? ¿Cómo escribir lo indecible, lo impensable del sufrimiento y de la pérdida? ¿Cómo inscribir el sufrimiento, el traumatismo en el tiempo singular y en el tiempo de la historia? Se sabe que los sueños albergan a los muertos y les dan la sepultura que requiere el pensamiento. Si Freud vio en la interpretación de los sueños el camino ideal hacia el inconsciente, los sueños suscitan también el lugar psíquico de una memoria posible, y entonces de una transmisión necesaria. Hannah Arendt subraya en *The men in dark times* la importancia de la historia, de la narración para sobrevivir al sufrimiento, al traumatismo. Y J. B. Pontalis pone, en exergo de su libro *La force d'attraction*, estas palabras: “Un libro es como un sueño o una transferencia. Para que tenga cuerpo, necesita una circunstancia desencadenante”. El final del imperio cristiano de Oriente modificó el curso y el sentido de la historia occidental y de la historia cristiana. A partir de ese momento, era necesario conservar su memoria, componer su narración e interpretar su significado. Entonces es cuando un caballero valenciano, Joanot Martorell, escribió la novela *Tirant lo Blanc* en 1460, “a partir del 2 de enero del año 1460”, según sus dichos, hasta su muerte ocurrida en 1468. La novela narra las aventuras de un caballero bretón llamado Tirant lo Blanc, quien se aleja de su país en busca del “verdadero honor de la caballería” y de la reconquista del imperio cristiano de Oriente.

En la literatura catalana de finales de la Edad Media, *Tirant lo Blanc* es una de las obras más famosas. Casi única en su género caballeresco, nunca circuló en forma manuscrita sino siempre en forma de libro impreso. La primera edición del 20 de noviembre de 1490, impresa en Valencia “en lengua vulgar valenciana”, se publicó más de veinte años después de la muerte de su autor. Hasta la fecha, no se conoce ninguna copia de esta obra y sólo el primer impresor del libro en lengua catalana tuvo en sus manos el manuscrito ahora desaparecido. Miguel de

Cervantes — quien lo leyó en castellano en el siglo XVI— lo consideró, “por su estilo, el mejor libro del mundo” (*Quijote*, I, cap. 6). Los historiadores de la literatura, tal como Martí de Riquer, editor de la novela en catalán y en castellano, admiten que su influencia se manifiesta claramente en obras posteriores tales como *Roland furieux* de Ariosto, *Much ado about nothing* de Shakespeare o *Don Quijote* de Cervantes, y de manera semejante en la contemporánea *Letras de batalla para Tirante lo Blanco* de Mario Vargas Llosa.

Joanot Martorell, nacido en Gandía hacia 1412 y muerto en Valencia en 1468, casi nunca residió en Valencia y viajó por Europa. Perteneció a un linaje de caballeros valencianos de la pequeña nobleza. Su hermana Isabel estuvo casada con el poeta Ausiàs March. Caballero pendenciero, Joanot Martorell se pasó la vida resolviendo cuestiones de honor familiar y de soberanía, como era costumbre entre la nobleza, pretendiendo luchar a muerte en palestra con sus adversarios, lo que estaba prohibido por el poder real. Su correspondencia durante las batallas establece que residió en la Corte de Inglaterra de 1438 a 1439, en el reino de Portugal, en el reino de Nápoles y en Sicilia. Probablemente, Joanot Martorell vivió en la Corte de Borgoña, como numerosos caballeros de su época. Él no pudo ignorar que, antes de 1453, los emperadores de Constantinopla, amenazados por los turcos, imploraban muy a menudo ayuda y en particular al duque de Borgoña, el “gran duque de Occidente” y a sus caballeros. De esta manera, el *Livre des faits* de Jacques de Lalaing, muy conocido en Cataluña, relata que un embajador bizantino, quien llegó al encuentro del duque Felipe el Bueno en Chalon-sur-Saône, se expresó de la siguiente manera: “Y decía que, si no lo socorriese y ayudase el duque de Borgoña, no veía a ningún otro príncipe cristiano que tuviera la voluntad de dar socorro para ayudar a defender la cristiandad, la cual diariamente el turco se esforzaba en destruir y aniquilar con todo su poder”.¹ El poderío ducal de Borgoña con la prestigiada orden caballeresca del Vellochino de Oro parece entonces tener un papel determinante en la defensa del imperio cristiano de Oriente. En este fin del siglo XV, las relaciones entre el mundo occidental cristiano y el mundo oriental musulmán que amenazó a Viena a través de los Balcanes y del valle del Danubio se convirtieron en una preocupación mayor para la civilización. El imperio otomano se integra al horizonte europeo. Estas relaciones resultan ambivalentes, pues eran, a la vez que de temor y agresividad, de admiración, de curiosidad y de lazos pacíficos. Fue con motivo de su boda con Isabel de Portugal († 1471),

¹ Atribuida a Georges Chastellain, *Chronique de Jacques de Lalaing*, edición de Jean-Alexandre Buchon, París, 1825, p. 59. Este libro, atribuido durante mucho tiempo a Georges Chastellain y a Antoine de la Sale, actualmente se considera anónimo.

hija del rey Juan I de Portugal y de la inglesa Felipa de Lancaster, en 1429, que el duque de Borgoña, Felipe el Bueno († 1467) instituyó la Orden del Vellochino de Oro. Desde entonces se convirtió en aliado de la casa de Portugal (Alfonso V, sobrino de Isabel, reina de 1438 a 1481) y de la casa de Aragón y Nápoles (en especial de Alfonso el Magnánimo, rey de Aragón y de Nápoles). Isabel de Portugal no olvidó sus lazos con Inglaterra y deseó el matrimonio inglés de su hijo Carlos. El duque fue particularmente sensible a los eventos del este, a todo lo que ocurre por la relación con los eslavos y los musulmanes, mientras que la duquesa lo fue a todo lo que ocurría en el oeste, en especial en Marruecos, dominio de la expansión portuguesa. La Corte de Borgoña fue a la vez borgoñesa y portuguesa, ya que la duquesa estaba rodeada de un gran número de hombres y mujeres de su país de origen. Así fue el trasfondo real en el cual ocurrió en 1453 la toma de Constantinopla. Ese suceso desgarró la aparente linealidad de una historia como historia de salvación y rompió la sensación de continuidad temporal de un orden propiamente cristiano del tiempo.

¿Cómo puede ser representado lo que ocurrió? ¿Cómo puede decirse que algo inaudito pasó? ¿Cómo puede conservarse el recuerdo y mantener intactos los efectos del suceso? Escribiendo en lengua catalana, durante la década de 1460, la historia de la vida y la muerte de un héroe que reconquista el imperio cristiano de Oriente, ¿no pretendió el autor del *Tirant* dar una representación simbólica del evento de la toma de Constantinopla?² ¿No preserva de forma emblemática, al umbral de la modernidad, las condiciones de la representación de la historia? ¿No trata de compartir un sentido? El presente puede seguir aclarando el pasado, y al mismo tiempo estando en tensión hacia el frente, abrirse hacia el futuro, hacia otro orden del tiempo, quizá. Evidentemente es significativo que haya sido un hombre de la península ibérica, en quien la historia de la Reconquista de su propio país dejó una huella profunda, quien escribió la historia de la reconquista del imperio cristiano de Oriente —pero ¿de qué reconquista?—. La novela de *Tirant*, después de las dos ediciones de 1490 y de 1497 en catalán, se publica en varias lenguas europeas y sobre todo en castellano. Constituye la última gran obra en lengua catalana hasta el Renacimiento catalán del siglo XIX.

² Este estudio retoma y desarrolla nuestros dos artículos “*Tirant lo Blanc*, ‘la mejor novela del mundo’” escritura e impresión de una novela de caballería en Cataluña: después de la desaparición del imperio cristiano de Oriente”, *Journal of Medieval and Renaissance Studies*, 21, 1991, p. 103-128; “La novela de *Tirant lo Blanc* (1460-1490): a prueba de la historia borgoñesa del siglo XV”, *L’Ordre de la Toison d’Or de Philippe le Bon à Philippe le Beau (1430-1505): idéal ou reflet d’une société?*, Bruselas, Bibliothèque Royale de Belgique, Brepols, 1996, p. 151-157.

El doble origen inglés y portugués: Tirant lo Blanc y la duquesa de Borgoña

Por no haber circulado nunca en forma manuscrita, la novela de *Tirant lo Blanc* tiene como único texto de referencia la primera edición impresa en 1490. Así, conviene examinar atentamente los textos de la dedicatoria, del prólogo y del colofón, ubicados simultáneamente en la frontera de la narración, enmarcándola. Lejos de ser convencionales o de poca importancia, estos textos contienen el nombre del autor, la referencia de la fuente, el nombre del destinatario, la fecha, etcétera. Enseñan lo que no se enseña ni se menciona en el relato. Se puede pensar que el escritor formula su proyecto en esta articulación de lugares aparentemente comunes. La novela abre con esta frase:³ “A honor, lahor e glòria de Nostre Senyor Déu Jesu-Christ et de la gloriosa sacratíssima verge Maria, mare sua, senyora nostra, comença la letra del present libre appellat *Tirant lo Blanch*, dirigida per Mossén Joanot Martorell, cavaller, al sereníssimo príncep don Ferrando de Portugal”.⁴ Todo parece sencillo: el caballero valenciano Joanot Martorell dirige su libro a un príncipe portugués, después de evocar su doble devoción a Cristo y a la virgen. Inmediatamente después de esta obertura, Martorell califica al príncipe portugués como “molt excellent, virtuós e gloriós príncep, rey spectant”⁵ e indica que el libro es la traducción en valenciano vulgar de una versión portuguesa que es a su vez la traducción de un texto inglés original:

E com la dita hystòria e actes del dit Tirant sien en lengua anglesa, e a vostra illustra senyoria sia stat grat voler-me pregar la giràs en lengua portoguesa, opinant, per yo ésser stat algun temps en la illa de Anglaterra, degué millor saber aquella lengua que altri [...] me atreviré expondre no solament de lengua anglesa en portoguesa, mas encara de portoguesa en vulgar valenciana, per ço que la nació d'on yo só natural se'n puxa alegrar e molt ajudar per los tants e tan insignes actes com hi són.⁶

Y añade que si hay algunos errores —*defalliments*— en su obra, “N’és en part causa la dita lengua anglesa, de la qual en algunes partides és imposible poder bé girar los vocables”.⁷ Así Joanot Martorell

³ Todas las citas están dadas a partir de la edición de Albert Hauf, *Tirant lo Blanc*, Valencia, Conselleria de Cultura, Educació i Ciència de la Generalitat Valenciana, Clàssics Valencians, 1992.

⁴ *Ibidem*, p. 1.

⁵ *Idem*.

⁶ *Ibidem*, p. 1-2.

⁷ *Ibidem*, p. 2.

dirigió su libro a un príncipe aparentemente famoso y no escondió el origen de su libro ni la fuente que utilizó, la cual encontró casualmente en el transcurso de su viaje a Inglaterra.

La problemática de la lengua es la de la propia fuente de la novela. El escritor de la historia de *Tirant* es el traductor de una fuente que nunca fue definida como libro sino únicamente como “la dita hystòria e actes del dit Tirant [...] en lengua anglesa”. ¿Proviene esta traducción de un texto que se dio a oír o de un texto que se dio a leer? Lo cierto es que el escritor-traductor ya regresó de Inglaterra, y entonces ya no puede más oír ni ver lo que es, de todos modos y paradójicamente, parcialmente intraducible y lo que puede únicamente escribirse a distancia. En la evocación de esta Inglaterra lejana y rebelde a la traducción ¿existió el deseo de un más allá y la salvaguardia de lo desconocido? Para suplir el alejamiento irreparable del texto original, el narrador explica que se hicieron dos traducciones: la primera en lengua portuguesa a petición del infante, y la segunda a partir de la primera y en lengua catalana. Sin embargo, hoy en día nadie duda de que *Tirant lo Blanc* sea fundamentalmente un libro original, escrito directamente en lengua catalana, “en vulgar valenciana”, como lo demuestra la inserción de referencias literarias catalanas en varios puntos de la historia. Además, es poco probable que el caballero valenciano Martorell haya sido capaz de escribir en lengua portuguesa y no dice nunca en el prólogo que haya dado tal versión al infante. La fuente inglesa es pura apariencia, y se aprecia aún menos, ya que la versión portuguesa la separa de la única versión que da el escritor. Con esta doble traducción, la lengua portuguesa, falso pretexto de referencia, puso en el abismo a la fuente inglesa. Y cuando el escritor responsabilizó a lo difícil de la lengua inglesa de sus errores de traducción, escondió de nuevo la impresión que consiste en creer que la fuente se dejaría entrever en sus descripciones.⁸

El infante Fernando de Portugal, nacido en 1433, fue, tal como lo dice el narrador, “rey spectant” de Portugal entre 1438 (muerte de su padre el rey Duarte de Portugal) y 1451 (nacimiento de un hijo de su hermano el rey Alfonso V), y entonces ya no lo fue más en 1460, año en el cual el narrador afirmó haber iniciado su novela. A partir de 1450, Fernando —quien estaba en conflicto con su hermano— dejó la Corte de Portugal y se fue a África del Norte y a Nápoles, deseoso de combatir a los moros y de alcanzar la gloria. No es nada evidente que en Nápoles

⁸ Recordemos aquí que el prólogo del *Zifar*, del cual se hizo mención en el primer capítulo asegura que la historia que sigue proviene de un original en caldeo, pasado al latín y “retransferido” al castellano: se trata de un uso común, entre los escritores medievales, extendido a una gran cantidad de textos de naturaleza y de intención muy diversas, no reservado únicamente a los libros de caballería.

haya pretendido la sucesión hipotética de su tío Alfonso, rey de Aragón y de Nápoles. En 1465, cuando Fernando se trasladó a Cataluña, a petición de su primo Pedro de Barcelona —quien se autonombró “rey de los catalanes” y no tuvo descendiente varón—, ¿pudo él realmente considerarse el heredero de Pedro y el “rey spectant” de la corona de Aragón? De hecho ¿Martorell alguna vez conoció al infante? Ninguna de estas preguntas tiene respuesta. Cualquiera que sea, es ese incierto destinatario, pariente de la portuguesa duquesa de Borgoña, quien tuvo que comunicar la obra “entrels servidors e altres”,⁹ con el fin de que no dudaran de llevar a cabo “los aspres fets de les armes”,¹⁰ es decir reconquistar el imperio cristiano de Oriente.

Este texto en lengua valenciana, escrito a partir de la versión portuguesa de un original inglés, ¿no sería un reflejo del doble origen inglés y portugués de la esposa del gran duque de Occidente, o sea la duquesa de Borgoña, Isabel de Portugal? ¿No designaría por resonancia, por desliz, los objetivos orientales del duque de Borgoña y de la Orden del Velloco de Oro (instituida con motivo del matrimonio portugués)? En 1490, en cuanto el texto fue editado por primera vez, los Reyes Católicos de España eran otro Fernando y otra Isabel, Fernando de Aragón e Isabel de Castilla, quienes se dispusieron a terminar la Reconquista española en 1492 con la toma de Granada.

La primera edición de 1490 concluye con un colofón que le aclara al lector que el escritor mencionado en el título y en la dedicatoria del libro, “lo magnífich e virtuós cavaller mossén Johanot Martorell, lo qual, per mort sua, no-n pogué acabar de traduir sino les tres parts. La quarta part, que és la fi del libre, és stada traduïda, a pregàries de la noble senyora dona Ysabel de Loriç, per lo magnífich cavaller mossén Martí Johan de Galba”.¹¹ El colofón concluye con la mención del fin de la impresión del libro: el 20 de noviembre de 1490 en Valencia. Es notoria una omisión: la del nombre del impresor Nicolau Spindeler, y no se menciona el origen inglés. Como todas las siguientes, esta primera edición de *Tirant lo Blanc* no se divide en cuatro partes. En 1490, el libro impreso que, desde entonces, sirve de referencia lo presenta Spindeler en 487 capítulos en un solo texto. Por los documentos en los archivos, sabemos que Martí Joan Galba era valenciano y murió siete meses antes de la impresión de la novela. ¿De veras habrá completado la historia de Martorell? Ningún lector, por más historiador advertido que sea, se da cuenta de que Joanot Martorell ha dejado de escribir, y hay una equivocidad provocada por el efecto de lo idéntico del relato

⁹ *Ibidem*, p. 2.

¹⁰ *Idem*.

¹¹ *Ibidem*, p. 927.

y lo no idéntico de los dos autores. El nombre de Joanot Mart/i/[orell] está duplicado por el de Martí Joan (de Galba), el segundo es el inverso del primero. Pero, mientras el primer nombre subraya por la resonancia “orell” —oreja— la apertura de un espacio de palabra, ficción de una fuente verbal en potencia dada para que la escuche el que la va a transcribir, el segundo nombre subraya, por la palabra “galba” —piedra destinada a barnizar vasijas o a curtir la piel—, que tiene una relación de exterioridad respecto del origen, que representa la superficie o la envoltura material y que la escritura de la historia no es sino el significante material de un poder inidentificable. La relación de Martí Joan de Galba con una mujer, Isabel de Lloris, subraya esta diferencia. Pero ¿quién fue Isabel de Lloris? Pues bien, si Lloris es el apellido de un linaje valenciano, a finales del siglo XV ninguna mujer de ese linaje llevó por nombre Isabel. Lloris también es una palabra que designa una laja que sirve para cubrir los techos o los pisos de las casas; así se duplica la exterioridad material que parece caracterizar el segundo escritor del *Tirant* y quien, aquí, adquiere una connotación de alteridad femenina, en la medida que, sin la intervención de una mujer, la novela no se hubiera acabado y por consecuencia la reconquista del imperio cristiano de Oriente no hubiera sido estrictamente historia. De la misma manera, el nombre de Isabel de Lloris recuerda el del autor ficticio del *Roman de la Rose*, y *loire* —en francés antiguo— y *lori* —en catalán antiguo— significan “engaño”. Finalmente, el nombre de Isabel es también, y sobre todo en los años 1460 el de la famosa duquesa portuguesa de Borgoña y en los años 1490 el de la Reina Católica Isabel de Castilla.

Entonces el escritor-traductor de *Tirant lo Blanc* no era un sujeto empírico sino una identidad ficticia, la de una persona en el sentido literal del término, es decir una instancia desconocida, ni la misma ni otra, ni masculina ni femenina, y refleja una exigencia de verdad, de transparencia de la escritura. El equívoco es la ley, el engaño está al servicio de la verdad, la incoherencia hace pensar acerca de una alternativa posible que causa el éxito de la novela y la reconquista de la historia. Luego, lo contradicho proporcionado por la impresión del libro está hecho para disimular ya sea un argumento polémico entre los dos autores o, sobre todo, un artificio retórico destinado a referir a un origen no asignable, que hace quizá señales hacia la lejana e innominada duquesa de Borgoña o hacia la Reina Católica. ¿No llegó Isabel de Portugal a pedir al cronista Jean de Wavrin en 1471, poco tiempo antes de su muerte (un texto que jamás leyó), el relato de la toma de Arzila, en Marruecos, por su sobrino el rey Alfonso V? Mientras, Isabel de Castilla entró a Granada en 1492 y el último emir Boabdil se dio a la fuga. De esta manera, hay aquí una lógica de la ilusión que hace particularmente sensible

la alteridad absoluta que permite a la escritura alcanzar su allende, su referente propio. Le compete al lector reencontrar el origen que le permitirá construir el edificio de la historia y de los reinos. ¿No fue un error o una ilusión el primer texto? ¿No fue necesario un segundo texto que debió conformarse según el código literario e ideológico del primero, que pudiera ser la efectiva reconquista de los países de Oriente?

Por diversas razones —el doble origen inglés y portugués de su novela escrita en valenciano; la introducción de un segundo autor- traductor; nombrar a Isabel de Lloris, que como tal sería un engaño reflejando a alguien más; la elección como destinatario de un personaje ávido de poder y de realeza; la presentación de un príncipe portugués vagando entre Portugal y África, entre Nápoles y Barcelona— parece claramente que el escritor da un indicio de una especie de modelo de la acción que se despliega en la historia; de Occidente hacia Oriente, de Inglaterra y Portugal hasta el Mediterráneo tanto occidental como oriental, o sea el dominio donde el poderoso duque de Borgoña Felipe el Bueno, apoyado por los caballeros de la Orden del Vellochino de Oro, buscó también extender su influencia y su prestigio, medir las fuerzas y los métodos del enemigo y evitar nuevos desastres.

En la casa del duque de Bretaña en Nantes, su tierra de origen, el héroe Tirant —cuyo nombre recuerda el del héroe arturiano Tristán— decidió, después del llamado del Gran Maese de los caballeros de la Orden de Rodas, trasladarse a Rodas para socorrer a los caballeros sitiados. Primero pasó por Portugal antes de atravesar el estrecho de Gibraltar y de enfrentarse por vez primera a los moros. Entonces, Portugal fue la primera etapa del viaje de Tirant hacia el Oriente. Inglaterra, Bretaña y Portugal, las tierras más occidentales del Occidente, constituyeron de esta forma, en el principio de las aventuras de Tirant, su verdadera condición de posibilidad. El duque de Borgoña estuvo particularmente atento a la suerte de Rodas. Es notorio que las galeras que arma en el Mediterráneo estuvieran antes que nada destinadas a ayudar a los caballeros de Rodas en contra de los egipcios. En 1465, el duque, que no pudo ir personalmente a la cruzada, les dio a los hospitalarios de Rodas una enorme suma de dinero que les permitió construir su bastión y quedarse allí hasta 1522.

*El desliz de la instancia de enunciación del autor al texto:
la función caballeresca*

Las dos últimas frases de la dedicatoria al infante portugués duplican en su contradicción las declaraciones hechas anteriormente indicando,

por una parte, que hay un segundo destinatario del libro, a saber: un grupo anónimo denominado “caballería moral”, es decir los que practican las virtudes caballerescas; y por otra, que hay un segundo responsable de los errores del libro, ya no sólo la lengua inglesa original, sino el sujeto ficticio de la enunciación del libro, es decir el que narra la historia, el historiador.

El proyecto del libro quedó definido de esta manera: “Noresmenys, a la cavalleria moral donarà lum e representarà los scenacles de bons costums, abolint la textura dels vicis e la ferocitat dels monstruossos actes”.¹² Sin embargo, al principio de la dedicatoria, se trata solamente de celebrar “los molts insignes actes de cavalleria de aquell tan famós cavaller [...] apellat Tirant lo Blanch, qui per sa virtut conquistà molts regnes e províncies donant-los a altres cavallers, no volent-ne sinó la sola honor de caballería”,¹³ y no se indicó de ningún modo que el libro esté destinado a quienes practican moralmente las virtudes caballerescas. A medida que la aristocracia (en Cataluña y en numerosos reinos) conoció el ocaso inexorable de su papel político y económico, la toma en cuenta, al fin de la dedicatoria por el escritor-caballero, de los que constituyeron en lo sucesivo una caballería moral (aunque sin manejo de armas) es totalmente significativa. Además, atribuyendo la decisiva responsabilidad de los errores del libro al sujeto ficticio de la enunciación, “Yo, Johanot Martorell, cavaller”,¹⁴ ¿no quiso el escritor mostrar la incapacidad de un escritor-caballero en agotar la fuente? Precisa: “Com per mi sols sia stada ventilada a servey del molt illustre príncep e senyor rey spectant don Ferrando de Portogual la present obra, e començada a II de giner de l’any MCCCCLX”.¹⁵ Así, por un lado, se subrayó el imposible agotamiento de la fuente y, por el otro, se afirmó el poder de la escritura que puso en orden y en historia, y se fijó en el tiempo; esta paradoja es notoria por la contradicción implícita de los dos términos “poner en orden” y “empezar” y de su posición en el texto: ¿Por qué, de una obra puesta en orden por él mismo, el sujeto ficticio de la historia no sabría señalar el final?

Este proceso de diferenciación respecto de la primera parte de la dedicatoria está acentuado por el prólogo de la novela en el cual el escritor ya no utiliza el “yo” de la primera persona sino en lo sucesivo el “nosotros” de la primera persona del plural, lo que hace del lector otro narrador por desliz. Declara que hay que paliar “la debilitat de la nostra memòria, sotsmetent fàcilment a obliu no solament los actes per longi-

¹² *Ibidem*, p. 2.

¹³ *Ibidem*, p. 1.

¹⁴ *Ibidem*, p. 2.

¹⁵ *Idem*.

tut de temps envellits, mas encara los actes freschs de nostres dies”.¹⁶ Es por la memoria, que vuelve presente a la vez lo pasado y lo ausente, que se ejerce el discernimiento moral, que puede haber edificación moral. Así que es “molt condecant, útil e expedient deduir en scrit les gestes e hystòries antigues dels hòmens forts e virtuosos, com sien spills molt clars, exemples e virtuosa doctrina de nostra vida, segons recita aquell gran orador Tulli”.¹⁷ La relación entre memoria y escritura de las historias es reconocida como esencial, lo que permite pensar que la fuente inglesa —“la dita hystòria e actes del dit Tirant” — no es necesariamente del orden de la escritura. El escritor cita extensamente las narraciones de vida que son accesibles a la lectura: “Legim [...] trobam scrites”.¹⁸ Estas historias son entre otras las historias de los Padres del Antiguo Testamento; las batallas de los griegos y de los romanos; las aventuras de Lancelot; las fábulas poéticas de Virgilio, Ovidio y Dante, así como los milagros de los apóstoles, los mártires y otros santos. Los personajes ilustres que ponen en escena merecieron “honor, glòria e fama e continua bona memoria”,¹⁹ “perquè la vida de aquells fos perpetual per glòria”.²⁰ La evocación de todas estas celebridades de la historia en el prólogo, es decir en el principio de “la historia y de los actos de Tirant”, es similar a un panteón, a las tumbas que encierran y en las cuales se disuelven, al final de la novela, los cuerpos de Tirant y de la princesa bizantina, de Hipólito, sucesor de Tirant, y de su esposa inglesa. En efecto son otros tantos lugares de memoria, producidos a modo de simulacro, verdaderos cenotafios. Es cuando se puede desplegar la historia de la reconquista del imperio cristiano de Oriente, un presente que no se podría evaluar con la medida del pasado. Miguel de Cervantes no se equivocó, y comentando el libro, escribió: “Aquí comen los caballeros, y duermen y mueren en sus camas, y hacen testamento antes de su muerte, con estas cosas de que todos los demás libros de este género carecen”.²¹

A partir de ese momento, el autor del prólogo puede sustituir, en el proceso de la representación, al héroe Tirant en los modelos representados y subrayar que estos modelos representados por la escritura y por la palabra en las otras historias deben recordar a la memoria no a ellos mismos como personajes reales sino al héroe Tirant, que se vuelve de esta manera el iniciador de su propia descripción. La

¹⁶ *Ibidem*, p. 3.

¹⁷ *Idem*.

¹⁸ *Idem*.

¹⁹ *Idem*.

²⁰ *Idem*.

²¹ Miguel de Cervantes, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* (1605; 1615), edición, introducción y notas de Martí de Riquer, Barcelona, Planeta, 1992, I, 6.

propiedad de volver presente el pasado se ensancha, decisivamente, con la propiedad de volver presente al ausente. Hay desvío, por deslíz, de una situación o de una semejanza a otra. El pasado está separado del presente; “Merexedor és, donchs, lo virtuós e valent cavaller de honor e glòria, e la fama de aquell no deu preterir per longitut de molts dies”.²² Entre las dos frases, el escritor del prólogo dedicó toda una explicación acerca de la dignidad del orden militar, del cual san Lucas, el apóstol de la escritura pero también de la representación pictórica, alabó, según él, su fin pacífico. Es por lo tanto la noción implícita de “caballería” como grupo social la que causa el deslíz. Por este hecho en sí, se precisa la función del sujeto ficticio de la enunciación: como “caballero” tiene una función de deslíz, de derivación; la mención de su calidad social es por lo tanto esencial. Así se encuentra anunciado y justificado en el prólogo, el constante movimiento de la novela que se deriva de la memoria y del sentido, presentación de la ausencia, para operar una repartición mejor del sentido.

Este deslíz, o puesta a la deriva, operado por el caballero y el concepto de caballería vinculado con él, es notorio desde el principio del libro: el escritor-caballero cede inmediatamente la palabra a otro que es el escritor de otra historia. En efecto, los treinta y nueve primeros capítulos de la novela de *Tirant lo Blanc* retoman muy fielmente la prosa del *Guillem de Varoic*,²³ mezclándole las teorías lulianas del *Libre de l'Orde de Caballería*. Raimundo Lulio se cita muy explícitamente: en efecto, en su tratado, un ermitaño otorga como presente, al escudero que lo escucha, un libro que no es sino el de *l'Orde de Cavalleria*; en el capítulo 39 de la novela de *Tirant lo Blanc*, un ermitaño, después de haber sido interrogado prolongadamente por Tirant sobre la peregrinación a Jerusalén y las proezas guerreras de Guillem de Varoic, le da un libro titulado *Arbre des batailles*, famosa obra del final del siglo XIV, escrita por el francés Honoré Bouvet y traducida al catalán desde esa época. Este ermitaño no es sino Guillem de Varoic, que volvió de Oriente y que oculta su identidad al héroe Tirant.²⁴ Así, el sujeto ficticio de la

²² *Ibidem*, p. 4.

²³ Martí de Riquer señala en “Joanot Martorell i el *Tirant lo Blanc*”, *Tirant lo Blanc i altres escrits de Joanot Martorell* (Barcelona, Ariel, 1982) que un manuscrito del siglo XV, “uno de los libros más bellos del siglo XV” hoy en día conservado en la British Library (Old Royal 15E VI), contiene una prosa en francés de la novela de *Guillem de Varoic* y los estatutos en francés de la Orden de la Jarretera mencionados en el famoso *Arbre des batailles* de Honoré Bouvet. El texto del *Guillem de Varoic* de Martorell, es decir los treinta y nueve primeros capítulos del *Tirant*, corresponde al contenido de las f. 264-286 de este manuscrito que perteneció al rey Enrique VI.

²⁴ Notemos que el manuscrito 7811 de la Biblioteca Nacional de Madrid contiene la prosa francesa del *Guillem de Varoic* y el fragmento de un libro en catalán titulado *Flor de*

enunciación, que ya no es Joanot Martorell, se desvanece en beneficio del testigo Guillem de Varoic, quien se encuentra situado de este modo al principio de la historia. Tal es el nuevo postulado de la novela: es este narrador, Guillem de Varoic, quien al mismo tiempo es el donador del libro y del secreto de caballería, quien puede responder por la creación de su obra, *Tirant lo Blanc*. De esta manera, el proceso de establecer las instancias del discurso va desde el autor hacia el texto.

La primera parte del *Tirant* comienza con el relato de la salida de Inglaterra del conde Guillem de Varoic “mogut per divinal inspiració”,²⁵ para ir en peregrinación a Jerusalén. Trata de las hazañas de este conde quien, a su regreso de Jerusalén, se hace pasar por muerto, vive como ermitaño cerca de su castillo inglés. Posteriormente acepta, a petición del rey de Inglaterra, pelear contra los moros y sale victorioso. La segunda parte de la novela empieza, en el capítulo treinta y nueve, con la donación, por el ermitaño, del libro de caballería y su lectura por Tirant. Viajando en esta Inglaterra donde empezó la historia precedente y donde lo van a hacer caballero, Tirant — quien dejó Breñaña, país de los caballeros arturianos— se lleva el libro con una “alegría inestimable”. Por eso, se olvida inmediatamente del tiempo que pasa y de la dirección a seguir, y sus compañeros, extrañados, lo descubren leyendo su libro mientras cabalga; pasa sus noches de viaje leyendo el libro. Se apropia y se embebe de la experiencia y de la palabra de Guillem de Varoic a lo largo de las veladas durante las cuales surgen y se recuperan sus fuerzas, mientras se traslada al país de origen del conde ermitaño. Poseedor del relato hecho por Guillem sobre Guillem, Tirant lo es también del libro y el secreto de caballería del conde ermitaño; se vuelve además el depositario de la función narrativa de Guillem de Varoic. Hasta el capítulo 97 de la novela (que consta de 487 capítulos), mantiene relación con el conde ermitaño, y en contraparte a la donación del libro, le concede el relato de su propia historia en la Corte de Inglaterra, país del cual es originario el conde. De esta forma se pasa insensiblemente de una vida a la otra, por desliz, por estar a la deriva, por intercambio. A partir del capítulo 98 empiezan las aventuras de Tirant en Oriente, donde el narrador toma únicamente la palabra para señalar: “E de açí avant no-s fa més menció de l’hermità”.²⁶ La nueva

Cavalleria. Uno de los heraldos de armas del *Tirant* se llama precisamente Flor de Cavalleria. El mismo manuscrito contiene la versión catalana de una carta de Petrarca (*Familiarum rerum*, XII, 2) sobre el arte de gobernar, que se retoma casi integralmente en el capítulo 143 del *Tirant*, y un número importante de la correspondencia de batalla de varios caballeros del siglo XV, sobre todo valencianos, en la cual figuran algunas cartas de Joanot Martorell. ¿Habrán pertenecido al autor de la historia de *Tirant* los diferentes papeles de este manuscrito?

²⁵ *Tirant lo Blanc i altres escrits de Joanot Martorell*, Barcelona, Ariel, 1982, p. 6.

²⁶ *Ibidem*, cap. 97, p. 158.

forma de la historia de la reconquista de los países de Oriente sucede al viejo y desde entonces imposible relato de la peregrinación. La nueva desviación se efectúa desde el conde caballero hasta el que ya es considerado “el mejor caballero de todos”, y la escritura de la historia de Tirant toma su cauce, al ritmo de la cabalgata de Tirant. Ya no hay voz narradora. La estructura bipartita del *Tirant* no es un simple cuadro sino la escenografía de un relato único que oscila entre disimulación y desaparición, presencia y ausencia, vida y muerte, el pasado está muy claramente separado del presente. Cada repetición abre un abismo en el texto. La necesidad de las repeticiones se debe entender en términos de su estructura, que tiene lógica propia y cuyo doble juego no deja de producir huellas en el libro.

El nombre mismo del héroe es doble. El nombre Tirant, que recuerda el del caballero Tristán, amante de Isolda, es una palabra valenciana que, en el siglo XV, puede ser adjetivo o sustantivo. Como adjetivo significa tanto estirado o tenso como duro, es decir no maduro aún por hacerse. Como sustantivo designa cualquier objeto que sirve para evitar la separación de dos cosas que tienden a separarse, en especial la barra de madera o de hierro que une y mantiene inmóviles dos muros paralelos que tienden a alejarse uno del otro por el empuje ejercido por su bóveda; designa igualmente las riendas que sirven para dirigir una acémila, el cincho que une y sostiene los estribos con el fin de que se mantengan al mismo nivel, etcétera. Así *tirant* es lo que mantiene el equilibrio entre dos partes, lo que está estirado entre dos partes y lo que se mantiene derecho, pero también es la propiedad de lo que está en tensión hacia una meta, de lo que aún no ha llegado a su fin. El segundo nombre o apodo, lo Blanc, dado al héroe por su madre, duplica al primero por contradicción; es blanco aquello que no podría ser negro;²⁷ entonces no se trata en esto de equilibrio entre dos tendencias contrarias. Pero *blanc* en valenciano del siglo XV es también al mismo tiempo la página en blanco y la armadura del caballero.²⁸ Así, el nombre del héroe, traduciendo la oscilación y la tensión, y duplicado por una

²⁷ Raimundo Lulio escribe en su *Libre de contemplació* (capítulo 325) esta frase citada a menudo: “De la misma manera que lo blanco no puede transformarse en negritud, de la misma manera la negritud en blancura”.

²⁸ Los significados de estas palabras son dados en el precioso *Diccionari català-valencià-balear (Inventari lexicogràfic i etimològic de la llengua catalana en totes les seves formes literàries i dialectals, recollides dels documents i textos antics i moderns, i del parlar vivent al Principat de Catalunya, al Regne de València, a les Illes Balears, al Departament francès dels Pirineus Orientals, a les Valls d'Andorra, al Marge oriental d'Aragó i a la ciutat d'Alguer de Sardenya)*, empezado por Mn. Antoni Marià Alcover y continuado por Francesc de B. Moll, Palma de Mallorca, Gràfiques Miramar, 1962. Los significados de *tirant* son atestiguados desde 1404 y 1440, los de *blanc* son atestiguados por citas de la novela de *Tirant*.

contradicción interna, se inscribe dentro de la lógica de la escritura de su historia.

La duplicidad caracteriza bien a Tirant a la vez astuto y halado entre dos historias. De hecho, es un hombre como cualquiera, desprovisto de dones maravillosos, y, si gana torneos y batallas, es gracias a su prudencia, a su inteligencia y a su discreción, todas cualidades eminentemente humanistas. Convertido en un gran personaje del Oriente cristiano y ganador de grandes victorias sobre los turcos, obtiene los favores de la princesa Carmesina, hija del emperador bizantino, en unas circunstancias a menudo burlescas. Dos historias son, de esta manera, relatadas para un solo héroe, a las cuales corresponden dos formas de escritura: una de las proezas guerreras y políticas de Tirant y sus acompañantes y otra de sus intrigas amorosas, sin que la unidad de la novela se vea afectada de modo alguno. El lector pasa de la descripción precisa de una batalla feroz a la alegre intimidad de una alcoba, del diálogo impregnado de adulación cortesana a un amplio discurso retórico. Hay una relación rítmica entre los lugares y los personajes: corte de Inglaterra y cortes principescas de Oriente, campos de batalla o mares surcados por navíos de guerra y habitaciones principescas, sitio de Rodas y conquista de la mujer amada, Tirant y Carmesina; Diafebus y Estefanía; el señor de Agramunt y Plaerdemavida. Es desde esta perspectiva contrapuntística que hay que considerar las soberbias descripciones de fiestas cortesanas o de presentaciones principescas, los cuadros de acontecimientos dramáticos tales como el sitio de Rodas, las lecciones de estrategia militar y sobre todo las exquisitas escenas eróticas y algunas figuras encantadoras tales como Plaerdemavida, doncella de la princesa.

Así es como la función caballerescas de *Tirant lo Blanc*, en su duplicidad esencial, consiste en mostrar a qué se renuncia a exhibir, es decir, lo que se elige no mostrar, con el fin de hacer una partición y poder debatir de un sentido: el reto es, en esta segunda mitad del siglo XV, la reconquista del imperio cristiano de Oriente, una ausencia que se trata de conjugar en presente.

La verdad de las apariencias

Es notable que Joanot Martorell atribuya a Tirant lo Blanc el papel que se le reconoce al “gran duque de Occidente”, sin mencionar a Borgoña ni a su duque ni a la Orden del Vellochino de Oro, en la cual el ideal de fidelidad al príncipe se acerca al de la cruzada y de las hazañas caballerescas. En el *Tirant*, el emperador de Constantinopla le escribe al rey de

Sicilia con el fin de pedirle que le envíe a Tirant a auxiliarlo, caballero de la Orden de la Jarretera, quien ha sido declarado por el rey de Inglaterra “el mejor caballero del mundo” y quien le parece el único hombre capaz de rechazar a los turcos (cap. 115-116). Tirant, a su llegada a Constantinopla, se convierte en “gran capitán” del imperio bizantino. ¿Hubiera podido permitirse Joanot Martorell hacer de Tirant un caballero del Vellocino de Oro? Es poco probable, con motivo del prestigio y de la importancia reconocidos a sus miembros poco numerosos (no más de treinta), y todos de muy noble origen, condes o príncipes. La orden inglesa de la Jarretera es igualmente famosa, pero no tiene las mismas exigencias; admite a numerosos miembros y algunos contemporáneos de Martorell no dudan en criticarla.²⁹ Si la orden borgoñesa del Vellocino de Oro no es nunca evocada en la novela, sus principales finalidades se atribuyen a la Orden de la Jarretera. Martorell prueba que posee un muy buen conocimiento de las teorías caballerescas en general.

Es en la biblioteca del rey de Inglaterra Enrique VI que Joanot Martorell descubrió numerosos libros de caballería. La prosa del *Guillem de Varoic* también es conocida bajo la denominación de *Guy de Warwyck*, probablemente de origen anglonormando del siglo XIII, traducida a lo largo de los siglos XIV y XV a prosa inglesa o francesa. Cuando el conde ermitaño le da a Tirant unas “reglas de caballería”, lo hace en términos que otro escritor valenciano Joan Roís de Corella, nacido en Gandía y muerto en Valencia en 1497, pone precisamente en la boca de Jasón dirigiéndose al padre de Medea en su *Història de Jason e Medea*. La relación se establece así claramente entre Tirant lo Blanc y Jasón, quien es el héroe del viaje a Colchida y del vellocino de oro y se encuentra muy explícitamente en el origen de la formación caballerescas del héroe de Joanot Martorell.³⁰ La historia de “la institución de la fraternidad de la Orden de la Jarretera”, narrada al ermitaño por el primo y compañero de armas de Tirant, Diafebus, quien cita las palabras del propio “rey Enrique” de Inglaterra, cierra la estancia de Tirant en la corte inglesa (cap. 85 a 87). A lo mejor se trata de Enrique VI de Inglaterra, rey de 1422 a 1461, quien perdió la totalidad de sus posesiones inglesas en Francia. La institución de la Orden de la Jarretera tuvo lugar en 1348 y la famosa frase del rey Eduardo III, pronunciada en francés, se cita en

²⁹ Como el escritor valenciano Joan Roís de Corella: véase Germà Colón, “Premiers échos de l’Ordre de la Jarretière”, *Zeitschrift für Romanische Philologie*, 81, 1965, p. 441-453.

³⁰ Este aspecto fue ampliamente subrayado y demostrado por Albert G. Hauf, “*Tirant lo Blanc*: algunes qüestions que planteja la connexió corelliana”, *Actes del Nové Colloqui Internacional de Llengua i Literatura Catalanes, Alacant-Elx, 9-14 de setembre de 1991*, Publicacions de l’Abadia de Montserrat, 1992, p. 69-116. Albert Hauf y Lola Badia consideran que el texto de Corella es anterior al de Joanot Martorell.

esa misma lengua en la novela, bajo la forma: “Puni soyt qui mal qui hi pense” (cap. 85). Sin embargo, en la historia de *Tirant*, el “rey Enrique” parece contar esta institución como si fuese él su creador, y ¡Tirant es el primer caballero de la Orden de la Jarretera instituida por el rey! Por desliz de significado y desliz de tiempo, la memoria vuelve presente a la vez lo pasado, la institución de la Orden de la Jarretera, y lo presente, la institución de otra orden dedicada arduamente a la defensa de la cristiandad y a la afirmación del poder borgoñés. La novela de *Tirant lo Blanc* otorga de esta manera “con toda la verdad”, según Diafebus, lo que es probablemente la versión más antigua conocida de la historia de la jarretera;³¹ la verdad de la historia se establece sobre el testimonio oral de personas que asistieron a la escena y oyeron al mismo rey proclamar la institución de la Orden de la Jarretera. Son cinco, explica el rey, los capítulos o estatutos de la Orden de la Jarretera, puesta “bajo la invocación del beato señor san Jorge” —y se sabe que el caballero san Jorge, *sant Jordi*, es también patrón de Cataluña, en contrapunto de Santiago, Santiago Matamoros, patrón de la España de la Reconquista—. Los cuatro primeros capítulos dan reglas de conducta, el quinto se refiere a la reconquista de Jerusalén. Sólo un caballero puede pertenecer a la fraternidad de la orden; no debe separarse nunca de su rey y señor natural; debe ayudar y proteger a las viudas, a las mujeres casadas y a las doncellas; no debe nunca fugarse ante el enemigo.

Lo çinquén és, si lo rey de Anglaterra pendrà ampresa per anar a conquistar la terra sancta de Hierusalem, en qualsevulla stat que lo cavaller nafraat estigua o de qualsevulla altra malaltia, sia tengut de venir per mar a la nostra fraternitat per ço com la conquesta de Hierusalem pertany a mi, qui só rey de Anglaterra, e ha altri no.³²

Como en los estatutos de la Orden del Vellocino de Oro, la fidelidad al jefe de la orden se conjuga con las conductas caballerescas y con la cruzada.

¿No será el rey Enrique, por desliz, una figura del gran duque de Occidente? Es un hecho que Felipe el Bueno quiere llevar acciones al Orien-

³¹ El texto merece ser citado: “La causa y el principio de esta fraternidad fue esto, con toda verdad, tal como yo y estos caballeros que aquí están lo hemos oído proclamar de boca del señor rey en persona: un día de fiesta, mientras había numerosos bailes y que el rey, quien había bailado mucho, descansaba en el fondo de la sala, y que la reina se encontraba del otro lado de la sala con sus doncellas, y que los caballeros bailaban con las damas, ocurrió que una doncella bailando con un caballero llegó al lugar donde estaba el rey y, volteándose, dejó caer su jarretera y, según el sentimiento de todos los asistentes, esta jarretera debía ser la de su pierna izquierda”. *Tirant lo Blanc i altres escrits de Joanot Martorell*, cap. 85.

³² *Ibidem*, cap. 91, p. 153.

te, no para liberar Jerusalén (el desastre de Nicópolis, de 1396, donde fue vencido su propio padre, Juan sin Miedo, le enseñó que los riesgos eran demasiado grandes) sino para preservar sus intereses en los márgenes orientales del mundo cristiano y, en particular, en Constantinopla, donde convergen las rutas tradicionales de las caravanas del comercio con Asia. Conviene recordar que, desde 1291, con la caída de Acre, y 1303, con la caída de Gibelet, las últimas dos plazas francas de Tierra Santa ya están en manos de los musulmanes. La cruzada es la mayor preocupación de los papas, quienes ven en ella una posibilidad de implantar la paz en Italia y en Europa, pero los diferentes proyectos no se logran. Si en 1328 un compromiso con el sultán les permite a los peregrinos cristianos visitar el Santo Sepulcro, desde 1333 se revela que es un fracaso. Desde 1362-1366, los turcos otomanos tratan de apoderarse de Bizancio. El proyecto de cruzada en Tierra Santa se transforma en múltiples combates contra los turcos que amenazan Europa. Se trata desde este momento de salvar Constantinopla, el imperio cristiano de Oriente, y, sobre todo, las posiciones francas en el Mediterráneo. A lo largo del siglo XV, los eventos provocan los sucesivos llamados a la cruzada por parte de los papas. A partir de 1453, año de la toma de Constantinopla por Mohamed II, el imperio queda destruido y Constantino XI Paleólogo está muerto. Cuando el duque de Borgoña muere en 1467, todos sus vasallos cruzados se dispersan. Y el autor de *Tirant lo Blanc* muere en 1468.

Mientras los poetas catalanes escriben elegías sobre el gran infortunio del mundo, Joanot Martorell pone en escena a un héroe que reúne y entonces duplica y revive las particularidades de los hombres más famosos y más valientes de su época. Es así como la historia caballescaca de *Tirant* sería el modo sobre el cual lo real vendría a imponerse en silencio, la imagen a la que corresponde la eminente función de la representación del suceso de la toma de Constantinopla. *Tirant lo Blanc* está escrito después del sitio de Rodas (del 10 de agosto al 18 de septiembre de 1444), del cual Joanot Martorell tuvo amplia información a través de su amigo, el corsario valenciano Jaume de Vilaragut, quien regresó de Oriente en 1447. Rodas es una isla donde se encuentran numerosos catalanes y valencianos, algunos caballeros de la Orden de San Juan y otros comerciantes, banqueros, marinos, etcétera. En Rodas se encuentran también muchos borgoñeses que salieron, entre otras razones, después del paso de armas a L'Arbre Charlemagne, cerca de Dijon, en 1443. Los borgoñeses son los aliados naturales de los catalanes y de los aragoneses en contra de los franceses y de los sarracenos. Los genoveses, enemigos de Alfonso el Magnánimo, acusan a los caballeros de la Orden de San Juan de estar a favor del rey, y ayudan al sultán de Egipto durante el sitio de Rodas. Jaume de Vilaragut destacó

a principios de 1444 cuando atacó y capturó el navío genovés *Doria* que, saliendo de Alejandría, llevaba armas y provisiones a la flota del sultán. Y él participa en la defensa de Rodas con los caballeros de San Juan. Poco después del fin del sitio, Vilaragut es capturado por el Gran Caramany y es enviado al sultán, quien lo hace prisionero en Alejandría, quedándose únicamente dos días y medio, ya que se fuga con unos comerciantes prisioneros como él, y llega a Rodas en noviembre de 1446. En 1447, regresa a Valencia donde se reúne con Joanot Martorell. Jaume de Vilaragut tiene lazos de amistad con el famoso caballero borgoñés Geoffroy de Thoisy, quien se distinguió durante el sitio de Rodas. Las proezas de Geoffroy de Thoisy presentan muchas semejanzas con las que Joanot Martorell atribuye a Tirant. Joanot Martorell pudo sin lugar a dudas leer los relatos borgoñeses contemporáneos, en los cuales aparece Geoffroy de Thoisy, en particular un relato incluido en las *Anciennes chroniques d'Angleterre* de Jean de Wavrin, cronista de los duques de Borgoña y sobrino del almirante Walérand de Wavrin, bajo el mando de quien Geoffroy de Thoisy combatió. Es muy factible que el caballero borgoñés haya estado en relación con Alfonso el Magnánimo. Como Jaume de Vilaragut, Geoffroy de Thoisy es un modelo de Tirant lo Blanc. Jean de Wavrin también es un destacado caballero que presta su ayuda al emperador bizantino y permanece en Constantinopla.

Evocado largamente por el cronista de los duques de Borgoña, Olivier de La Marche,³³ Pedro Vázquez de Saavedra († 1477), castellano, gallego o posiblemente portugués, tiene reputación en Londres, en Colonia y sobre todo en la corte de Borgoña, donde se establece por largo tiempo al servicio de los duques de Borgoña. En ese entonces, está particularmente relacionado con los portugueses que rodean a la duquesa. Vuelto famoso como gran *junyidor* en una batalla privada ocurrida en Westminster en noviembre de 1440, probablemente se encontró con Joanot Martorell, quien reside en Londres desde marzo de 1438, aproximadamente, hasta febrero de 1439. Participa en el Paso de L'Arbre Charlemagne en 1443, en el Paso de la Fontaine en Pleurs organizado por Jacques de Lalaing en 1449 y en el Vœu du Faisan de Lila en 1454. Viaja hasta Hungría y Constantinopla con el fin de luchar contra los turcos. Después de haber participado en 1464 en la expedición de Antoine de Bourgogne, hijo bastardo del duque Felipe el Bueno, contra los sarracenos

³³ Los escritos de Olivier de La Marche son muy conocidos en España. En el siglo XVI, después de la llegada al trono de Carlos de Gante, heredero de la casa de Borgoña por su padre Felipe el Hermoso, como rey de España y después emperador del Sacro Imperio Romano Germánico bajo el nombre de Carlos V, se hicieron numerosas ediciones y traducciones al castellano. Véase la *Bibliografía madrileña o descripción de las obras impresas en Madrid (siglo XVI)* por Cristóbal Pérez Pastor, Madrid, Los Huérfanos, 1891.

nos de Berbería en Ceuta, nuevamente partió a combatir en el Mediterráneo después de que fue dispersado el ejército borgoñés en Marsella. Pedro de Portugal, el condestable, gobernó como “rey de los catalanes” sobre una parte de Cataluña en contra de Juan II. Fue primo hermano de Ferrando de Portugal y mantuvo correspondencia con la duquesa de Borgoña, quien le aconsejó pedir la ayuda de Antoine de Bourgogne y de Pedro Vázquez de Saavedra. Pedro Vázquez de Saavedra es uno de los personajes del cual Tirant representa la duplicación y la ficción, sin que jamás su nombre sea citado por Joanot Martorell. En esos tiempos, numerosos caballeros extranjeros, a menudo borgoñeses, recorrieron España con el fin de ilustrarse en la Reconquista de la península ibérica, y sus aventuras los condujeron a Cataluña o a Valencia. Tal como Jacques de Lalaing,³⁴ caballero del Vellochino de Oro. En el siglo XV, los pasos de armas organizados en Borgoña y en la península ibérica eran numerosos,³⁵ y en ellos, los caballeros aprendieron a estimarse.

Salvar Constantinopla del peligro turco es un tema que existe en la literatura mucho antes de la caída del imperio bizantino. La novela de *Guillem de Varoic* o *Guy de Warwyck* cuenta que el emperador de Constantinopla, amenazado por el sultán de Babilonia, se salvó del peligro gracias al héroe a quien le concedió a su hija como esposa, lo que el héroe rechazó por fidelidad a su dama. El personaje de Tirant reproduce con gran semejanza el de Roger de Flor, tal como lo describe el catalán Ramón Muntaner en su *Crónica*, famosa en Cataluña.³⁶ Roger de Flor se trasladó desde Sicilia hasta Constantinopla en 1302 y se puso al servicio del emperador bizantino amenazado por los turcos; recibió el título de gran duque del imperio, fue proclamado César y desposó a María de Bulgaria, sobrina del emperador. Lo asesinaron en Andrinópolis, ciudad en la cual Tirant se enfermó, hizo su testamento y falleció. En sus *Anciennes chroniques d'Angleterre*, Jean de Wavrin retomó, como el autor de *Tirant*, la historia del conde de Warwyck. Sobre todo, Jean de Wavrin, después de haber narrado la historia del conde, evoca ampliamente la personalidad de “Messire Jehan de Hongnac dit le Blanc Chevalier”, quien en la crónica a la vez representa una figura y un modelo, entre otros ilustres, del poderoso duque de Borgoña y de los caballeros del Vellochino de Oro. “Jehan de Hongnac” es Juan Huniades, voivodato

³⁴ Cfr. Martí de Riquer, “Andanzas del caballero borgoñés Jacques de Lalaing por los reinos de España y los capítulos del siciliano Juan de Bonifacio”, *Acta Salmanticensia, Filosofía y Letras*, XVI, 1962, p. 393-406.

³⁵ Cfr. Martí de Riquer, *Aproximació al Tirant lo Blanc*, Barcelona, Quaderns Crema, 1990, p. 35-42.

³⁶ Cfr. Ramón Muntaner, *Crónica*, edición de Marina Gusta, Barcelona, 62 i “La Caixa”, 1985.

de Hungría, uno de los principales modelos de Tirant lo Blanc. En 1448, Juan Huniades obtuvo una gran victoria sobre los turcos y alejó por algún tiempo el peligro turco de Constantinopla y de las islas griegas. Murió a causa de una herida, en 1456, después de una nueva victoria en Belgrado. Juan Huniades, padre del futuro rey de Hungría, Matías Corvino, fue valaco; sus contemporáneos le dicen Valachus o Balachus, palabra que se mantiene en Occidente con la forma Blac o Blach, lo que se vuelve Blanc o Blanch, Bianco.³⁷ Jean de Wavrin evocó con gran detalle “las conquistas que el Blanc, caballero mariscal de Hungría, hizo sobre los turcos. Así les quedó a los cristianos la tierra, el pueblo y gran parte del país del occidente de Grecia”.³⁸ Describió la cruel herida en el muslo del caballero blanco, por la cual “se fue de este siglo”. Tirant lo Blanc, por su parte, herido de gravedad en la pierna, creía que iba a morir a causa de su herida, pero no murió, y esta herida se debió únicamente a su huida demasiado precipitada de la habitación de la princesa (cap. 233). Jean de Wavrin narra de esta manera la muerte del caballero blanco: “Que Dios se apiade de su alma como bien lo merece. Y fue gran lástima para la cristiandad perder a un tal campeón, porque era sabio, valiente y audaz, pero de cosa que haga Nuestro Señor ningún hombre mortal ha de murmurar, puesto que todas sus obras son buenas y sus juicios secretos”. Cuando el emperador se lamentó por la muerte de Tirant en Andrinópolis, sus consideraciones fueron cercanas a las de Jean de Wavrin: “És mort aquell per qui la santa religió cristiana tan gran augment de cascun jorn prenia... aquell savi e strenu, vencedor e invencible Tirant” (cap. 472).³⁹ Pero las palabras de la princesa consti-tuyen una inversión dramática de la reflexión del cronista:

O fortuna monstruosa! Ab variables diverses cares, sens repòs sempre movent la tua inquieta roda, contra los miserables grechs has poderosamente mostrat lo pus alt grau de la tua iniqua força... Puix la fortuna

³⁷ Las victorias de Juan Huniades se celebran por todo el Occidente y dan lugar a fiestas de acción de gracias en Valencia y Barcelona. El *Dietari del capellà d'Alfons el Magnànim* menciona *lo comte Blanch*, el *Llibre de solemnitats de Barcelona* de 1456 menciona *lo rey Blach* y el *Manuel de novells ardits* o *Dietari del Consell* de Barcelona, igualmente de 1456, menciona sencillamente *lo Blach*. El escudo portado por Juan Huniades representa un cuervo y es por eso que su hijo toma el nombre de Corvin. Martorell, contemporáneo de Juan Huniades, escribe que “Tirant se mandó hacer un pendón todo bermejo y le mandó pintar un cuervo” (cap. 125).

³⁸ Las citas están dadas a partir del ms. fr. 15491, BNF, inconcluso, incluyendo solamente los capítulos de Jean de Wavrin relativos a los años 1451-1471 que aquí nos importan, en la medida que corresponden al final de las proezas del caballero blanco, a la escritura de las historias de Tirant por Joanot Martorell y al final de la vida de Felipe el Bueno († 1467) y de Isabel de Portugal († 1471). Es importante, claro está, que este manuscrito provenga de la biblioteca de los duques de Borgoña.

³⁹ *Tirant lo Blanc i altres escrits de Joanot Martorell*, p. 898.

ha ordenat e vol que axí sia, los meus ulls no deuen jamás alegrar-se (cap. 473).⁴⁰

La muerte honorable garantiza la inmortalidad, el peligro más grande es el honor más grande.

Si por razones obvias, Roger de Flor, Juan Huniades o Pedro Vázquez de Saavedra nunca son citados en la novela, ya que el héroe Tirant representa a todos a la vez, en revancha los nombres de lugares y los nombres de los personajes secundarios – tales como reyes, príncipes y grandes capitanes cristianos o musulmanes – tienen a menudo una realidad geográfica e histórica bien establecida. Pero el relato les da un estatuto literal, de acuerdo con su existencia ficticia o retórica. En efecto, la yuxtaposición mediante la escritura de personajes históricos y de personajes inventados produce un efecto de confusión entre unos y otros; los primeros, tomados en la ficción, guardan un semblante histórico y de allí que el efecto de realidad de los segundos se vuelve más eficaz. Mientras se disipa la opacidad de la referencia de los lugares y de los personajes, el juego de las apariencias se torna más creíble. Así hay una significativa fuerza relacionada con la configuración del texto.

Un sentido compartido

El *Vœu du faisán* (*Voto del faisán*), proclamado en la corte de Borgoña poco después de la toma de Constantinopla, constituye la brillante demostración del poderío eficaz reconocido al lenguaje por un gran poder político, que es el ducal. Felipe el Bueno era en ese momento un príncipe hábil y rico cuyo poder diplomático y militar en Europa parecía bien consolidado, mientras que ninguna paz definitiva parecía asegurada entre Inglaterra y Francia, beligerantes agotados. El papa y el emperador le pidieron al duque llevar ayuda a Constantinopla y el duque organizó la ceremonia del banquete del *Vœu du faisán* “para conmovier a los señores, a los hombres nobles de sus países y a sus sujetos a servir a Dios en esta parte y que por su devoción, sin coacción, entrasen al santo viaje, si se decidiese publicar tal emprendimiento en gran asamblea”, cuenta Olivier de La Marche. La ceremonia preparada por los hombres de poder que rodeaban al duque tuvo lugar en Lille el 17 de febrero de 1454. Las *Mémoires* de Olivier de La Marche⁴¹ describen con detalle la

⁴⁰ *Ibidem*, p. 900.

⁴¹ Olivier de La Marche, *Mémoires*, edición de Jean-Alexandre Buchon, en *Collection des chroniques françaises écrites en langue vulgaire du XIIIe au XVIIe siècle*, con notas y aclaraciones, París, Verdrière, 1826-1828, t. 41.

ceremonia, ya que se trata de exaltar el poder borgoñés representado a la vez por el duque y por la Orden del Vellochino de Oro. En particular, el cronista describe los numerosos “entremeses mundanos” realizados antes de la ceremonia de los votos propiamente dichos. De la misma manera, en la novela de *Tirant*, la llegada del rey Arturo y el hada Morgana, lo que se puede considerar un entremés, se produce durante las fiestas ofrecidas por el emperador en su palacio de Constantinopla⁴² y precede los votos de Tirant y de sus compañeros.

Los votos de Lille fueron recibidos en forma significativa por un rey de armas o heraldo llamado Toison d’Or pero pocos caballeros del Vellochino de Oro hicieron votos. Según la *Chronique* de Mathieu d’Escouchy, uno de los caballeros que intervinieron es Geoffroy de Thoisy. Pronunció el voto siguiente: “Hago voto que seré, según pueda, de los primeros dispuestos para ir al santo viaje con Mi Señor y de los últimos en abandonarlo, si por orden suya no me emplea en otra parte. A esta orden siempre obedeceré”.⁴³ El primer voto de Tirant, proclamado ante el rey de Francia, fue: “Faç mon vot a Déu e a tots los sancts de parahís, e a mon senyor lo duch de Bretanya, capità general de aquest stol, portantveus del molt excellent e crestianíssim rey de França, de yo ésser hui lo primer qui exirà en terra e lo darrer qui-s recollirà” (cap. 113).⁴⁴ El voto de Tirant se hace realidad ya que fue el primer caballero que desembarcó para combatir a los moros y el último en regresar a la nave. Olivier de La Marche cita, él también, con precisión los diferentes votos de los caballeros: “Casi todos los presentes, príncipes y grandes señores, hicieron votos, sobre el ave, de proezas inmensas: uno de no beber vino, otro de no sentarse a la mesa o de no acostarse o de no revestir camisa un día a la semana, hasta encontrar la armada de los infieles, éste de ser el primero en atacarla, este otro de derribar el pendón del sultán, otro de no regresar a Europa sin un turco prisionero”. Mathieu d’Escouchy narra que Pedro Vázquez de Saavedra –Pietre Vaast de Saibreda– hizo voto “a las damas y al faisán” que “por el amor de Dios”, si entrara en batalla, abordaría el pendón o insignia del Gran Turco, de tal manera que la doblegaría.

Estos votos, que mezclan las referencias religiosas y las referencias cortesanas, se vuelven a encontrar con exactitud en los capítulos 203 a

⁴² Cfr. Martí de Riquer, *Aproximació... L’entremés del rei Artús*, op. cit., p. 150-156. Y sobre todo: Albert Hauf, *Artur a Constantinoble: entorn a un curiós episodi del Tirant lo Blanc*, Alicante, 1994.

⁴³ Mathieu d’Escouchy, *Chronique*, edición de G. Du Fresne de Beaucourt, París, 1863, cap. 109. El relato por Mathieu d’Escouchy de la Fiesta del Faisán es casi idéntico al de Olivier de La Marche.

⁴⁴ *Ibidem*, p. 214.

207 de *Tirant lo Blanc*. Pero en la novela catalana no se pronuncian los votos sobre el ave, evocadora del país del Vellochino de Oro y símbolo de las proezas caballerescas, sino sobre un esclavo moro. Una vez más, hay duplicidad, verdadera prueba por diferenciación y por desliz de la historia borgoñesa y de la historia de la Orden del Vellochino de Oro. La emperatriz, deseosa de burlarse del poderoso y conquistador Tirant, le pidió al esclavo que cargara a Tirant, desde una barca hasta la orilla, tropezarse en el agua, con el fin de que Tirant se mojara los pies, calzados de bellas sandalias bordadas: “Volgué-li banyar lo peu e banyà-li tot lo cors [...]. Tirant conegué que era burla que li havien ginyada” (cap. 202).⁴⁵ Tirant, totalmente empapado, poderoso pero burlado, pronuncia en ese momento el siguiente voto: “Io fas vot, a Déu e a la donzella de qui só, de no dormir en lit ni vestir camisa fins a tant yo haja mort o apresonat rey o fill de rey” (cap. 203).⁴⁶ Después de él, cada uno de sus parientes hace un voto “por amor a él”. El vizconde de Branches, su primo hermano, de apellido explícitamente portugués, habla inmediatamente después de Tirant y dice: “Per què yo fas mon vot solemne, a Déu e a tots los sancts, de no tornar jamés en la mia pròpia terra fins sia stat en batalla campal hon hi haja de XL mília moros ensús e que sia vencedor” (cap. 204).⁴⁷ Dice el condestable Diafebus: “Fas vot, a Déu e a aquella gentil dama de qui só catiu, de portar senyal en la barba, ni menjar carn, ni estar asegut, fins a tant la bandera del gran soldà dins batalla campal haja presa” (cap. 205),⁴⁸ lo que recuerda muy fielmente el voto de Pedro Vázquez de Saavedra. Dice Hipólito: “He proposat de fer tal vot com hoyreu: de no menjar pa ni sal, e lo que menjaré serà tostemps agenollat, e de no dormir en lit fins a tant que yo haja mort ab les mies pròpies mans trenta moros sens ajuda de negú” (cap. 206).⁴⁹ Son los votos de Tirant y de su parentela los que se cumplen cabalmente y no los del duque de Borgoña y sus caballeros. Cuando Joanot Martorell emprende la escritura de su novela, el célebre *Vœu du faisan* de 1454 es un evento del pasado que no tuvo repercusión política.

La verdadera impotencia del gran duque de Occidente y de los caballeros del Vellochino de Oro, que no pueden detener el avance de los otomanos hacia el Occidente ni impedirles dominar el Mediterráneo, se escondió tras la gloria de las historias: la historia de las crónicas que relatan la ceremonia del *Vœu du faisan* de Lille y glorifican la casa de Borgoña y la historia real y duradera de la novela de *Tirant lo Blanc*. Desde

⁴⁵ *Ibidem*, p. 460.

⁴⁶ *Idem*.

⁴⁷ *Ibidem*, p. 461.

⁴⁸ *Idem*.

⁴⁹ *Ibidem*, p. 462.

entonces, lo político debió alcanzar lo novelesco para reconquistar el imperio cristiano de Oriente, a través de la ficción de la voz narradora vuelta proclama. ¿No llega la novela del caballero valenciano a colmar, con su eficaz medio que es el lenguaje, las ambiciones mediterráneas de la casa de Borgoña que fueron, en el siglo XVI, las de España? De hecho, mientras el imperio cristiano de Oriente se derrumbaba después de la toma de Constantinopla y el célebre *Vœu du faisan* pronunciado en 1454 subrayaba sobre todo el poderío occidental del duque, la novela de *Tirant lo Blanc*, por la separación indispensable referente a la vez al manejo del espacio y al del tiempo donde se despliega la representación, afirma que el imperio cristiano de Oriente no está perdido ya que Tirant lo puso a salvo a lo largo de cien años. En el presente, siempre vigente de su lectura, la novela prueba que pensar la reconquista del imperio cristiano de Oriente es una evocación que se recuerda en el presente, una metáfora viviente de la ausencia. Pues ya no se trata desde hace tiempo de reconquistar la tumba vacía de Cristo en Jerusalén, como bien lo entendió Felipe el Bueno, ni siquiera de procurar desde ese momento la posesión cristiana de Constantinopla. Tirant lo Blanc murió sin haberse coronado emperador de Constantinopla, aunque el emperador le haya entregado a su única hija en matrimonio. Su cuerpo y el de la heredera bizantina arribaron a la tierra occidental y arturiana del origen del héroe que también es el origen del relato. Al final de la novela, yacen en una tumba de Bretaña. Incumbe a la memoria del lector hacer, desde ese momento, el esfuerzo para colmar la separación temporal entre el presente occidental de la historia y el ausente oriental del representado, con el fin de realizar la transferencia entre la reconquista del imperio cristiano de Oriente y la renuncia al Oriente y a la tumba vacía de un Dios, para descubrir lo que entonces no tenía sentido pero lo tendría en breve.

En 1467, cuando murió Felipe el Bueno, todos sus vasallos cruzados se dispersaron y el nuevo duque Carlos el Temerario pidió la corona imperial a cambio de su ayuda contra los infieles. El ducado del gran duque de Occidente, quien era el interlocutor favorito del emperador bizantino, ya fallecido, y de alguna forma su igual, fue parte del reinado de Francia. La dignidad de soberano del Vellochino de Oro pasó al jefe de la casa de Habsburgo y a Carlos V. La orden se dedicó desde entonces a consolidar la fraternidad de la nobleza en los estados de la casa de Habsburgo. El gran duque de Occidente no salvó el imperio cristiano de Oriente, pero Carlos V, su heredero, fue emperador en Occidente.

No hay que olvidar que, en la dedicatoria del *Tirant*, Joanot Martorell había definido en estos términos el proyecto del libro: “Noresmenys, a la cavalleria moral donarà lum e representarà los scenacles de

bons costums". Dirigiéndose a quienes constituyen una caballería moral, el autor de la novela de *Tirant* sancionó el deslíz político y moral del cual los hechos establecieron la necesidad: la búsqueda caballeresca de Jerusalén se volvió búsqueda de Constantinopla y después búsqueda de caballería moral. A partir de 1453, se perdió para siempre el imperio cristiano de Oriente. Desde este momento conviene ya no hacer voto, defender las últimas posiciones francas en el Mediterráneo occidental y buscar cualquier origen y cualquier fin en el Occidente cristiano. En el pasado, Jasón y los argonautas ¿no renunciaron a la seductora Colchida para regresar a su país de origen con el maravilloso vellocino de oro? Así es la moderna eficacia de *Tirant lo Blanc*: saber renunciar al Oriente y a la tumba vacía de un Dios. La novela sirve como un trabajo de duelo. La representación de la reconquista del imperio cristiano de Oriente es lo que permite al evento traumático de la toma y de la ruina de Constantinopla volverse inaugural, constituir un umbral –un pasaje– y designar una historia abierta.

Desde ese momento fue hacia el Oeste adonde convino dirigirse. Así se preparó lo que ya no es la reconquista, casi terminada, de la península ibérica, sino lo que fue el descubrimiento y la conquista de las Indias Occidentales, de los nuevos mundos del Oeste.

